

EL TAMBOR DE TEDWORTH (S. XVII)



Ya está aquí otra vez el mago del tambor. No se cansa de dar redobles y de anunciar tónicos que alargan la vida de aquellos que lo prueban. Hay algo en su aspecto que no gusta a nadie. No sé si son sus ojos, sus espesas cejas o quizás esa manera de andar un tanto cojitranca que tiene. Como magistrado de la Corte de Tedworth tengo que intentar no dejarme llevar por mis presentimientos pero lo cierto es que, si alguna vez cae en poder de la justicia bajo algún tipo de acusación, no desaprovecharé la ocasión de quitármelo de encima y, como mínimo, expulsarle de

Tedworth.

Y la oportunidad me llegó el mes de marzo del año de gracia 1662. El mago ambulante se había visto involucrado en una pelea callejera con un lugareño al que asestó un violento golpe en la cabeza con uno de los palos destinados a azuzar la piel del tambor, de modo que los alguaciles arrestaron al mago bajo la acusación de altercado callejero y agresión. La vista se celebró dos días después en una sala atestada de gente que, al parecer, no deseaban otra cosa que una sentencia durísima contra el mago. Además de esta acusación, flotaba en el ambiente la creencia de que la desaparición reciente de un niño y dos mujeres en las cercanías del lugar estaban relacionadas con las prácticas demoníacas que se atribuían al vendedor ambulante.

La sesión fue corta. Lo normal por un delito de agresión hubiera sido un par de días de prisión y una multa que no debía ascender a más de dos libras, pero yo tenía entre ceja y ceja librarme definitivamente del mago, llamado S.Owen. Cuando cayó mi martillo sobre la mesa semicarcomida de la casa de justicia, la sentencia fue en exceso severa: el destierro de por vida de Owen y la confiscación de su tambor. Si se le volvía a ver por los alrededores de Tedworth lo que se le confiscaría sería la vida.

Y así fue. Nada más salir de Tedworth y sin mediar provocación alguna, uno de los alguaciles que le custodiaban, siguiendo mis órdenes, disparó su arcabuz y Owen cayó sin vida al suelo. Sus vísceras quedaron estampadas contra un árbol y los alguaciles tuvieron que bañarse en un río cercano para poder sacarse de su piel los restos de la carne y la sangre de Owen que se les habían incrustado por todo el cuerpo. Fue una verdadera carnicería.

Nunca se llegó a saber a ciencia cierta si cumplían órdenes mías, pues la niña que había desaparecido del pueblo hacía un año era mi amada hijita, a la que nunca volveré a tener entre mis brazos, ni aún con la muerte que me enviará derecho al infierno. Siempre quise vengar su pérdida, pero lo cierto es que los guardianes de la ley nos excedimos en nuestras atribuciones. Pero Owen, poco antes de caer al suelo sin vida, tuvo tiempo de maldecirme, y auguró que no cesaría en su propósito hasta que perdiera el juicio, el mismo que no tuve cuando le condené injustamente y le envié a la muerte.

Apenas una hora después de que acaecieran todos estos hechos, algo extraordinario comenzó a suceder en Tedworth. El tambor confiscado comenzó a redoblar por sí solo. Al principio los habitantes de Tedworth pensaron que Owen retaba a mi justicia volviendo otra vez al pueblo, pero los alaridos de mi sirvienta y sus atropelladas explicaciones revelaron que era el propio tambor el que parecía haber sido poseído por el espíritu de su anterior propietario.

Durante varias horas el tambor redobló con las mismas cadencias que Owen solía hacer sonar. Cada vez el sonido era más elevado y sus compases mucho más rápidos. De repente, ante mi llegada, cesaron sus redobles y comenzaron a musitar una melodía idéntica a la que se otorga a aquéllos que van a

ser ajusticiados. El pueblo, atemorizado, decidió huir al bosque donde había sido asesinado el desdichado mago. Nada más internarse en el bosque descubrieron el cadáver de Owen con un rictus demoníaco: ojos abiertos, la lengua fuera de la cavidad bucal y un continuo manar de sangre a través de la terrible abertura de la herida en el pecho.

Pero por si todavía no era suficiente con el redoble, el tambor comenzó a revolotear por encima de mi cabeza. El sonido se hacía ensordecedor por momentos, y su melodía coincidía con la que suena en el momento en que, cuando un reo va a ser ajusticiado, se le coloca la soga alrededor del cuello. Pronto me quedé solo con mi conciencia. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Busqué la ayuda de mis alguaciles, pero habían huido, al igual que todos los vecinos del pueblo, presos del terror. El tambor seguía volando y redoblando mientras el cuerpo de Owen manaba sangre a pesar de llevar inerte más de un día.

De repente, tuve la convicción de que si destruía el tambor me libraría de la maldición del mago ambulante. El tambor saltó roto en mis pedazos destrozado



por un certero disparo, pero no por ello cesó el redoble. Además, por si todo esto fuera poco, todos los zapatos de la casa comenzaron a volar y los orinales a vaciarse sobre mi cama y la de mi querida niña desaparecida. Todos los niños que estaban refugiados, junto a sus padres, en el bosque, empezaron a levitar al unísono, e incluso uno de mis caballos percherones fue encontrado muerto por un alguacil en circunstancias extrañas, con una de las patas traseras en la boca del caballo.

De repente, la figura de mi hija se me apareció, no sé si fue resultado del pánico terrible que me estaba enloqueciendo o en verdad la visión de mi única hija vino para consolarme en mis últimos minutos de vida. Me dijo que nunca conoció a Owen y que su desaparición se debió a que un día, jugando en el mismo lugar donde fue ajusticiado Owen, fue violada y asesinada por el mismo alguacil a quien di la orden de asesinar al mago. Incapaz de soportar la terrible presión y la locura que me estaba invadiendo, la terrible responsabilidad, decidí acabar con mi vida y me pegué un tiro en la cabeza de mortal necesidad. Al final Owen vio cumplida su venganza de ultratumba.

A la vez que todo esto ocurría en mi casa, en el bosque tuvo lugar un hecho que tranquilizó a todos los que se hallaban junto al cuerpo de Owen: su expresión se había vuelto tranquila, había cerrado sus ojos y dejado de manar sangre. Los habitantes de Tedworth, llevados por un ánimo piadoso, decidieron dar sepultura al mago ambulante en ese mismo lugar, y cuál fue su sorpresa cuando al comenzar a cavar descubren el esqueleto de un niño, el de mi hija.

Nada se supo de aquel perverso alguacil durante muchos años, pero sin duda recibió su merecido al encontrar la muerte cuando unos bandoleros le pegaron un tiro por la espalda con un arcabuz justo dos años después de estos macabros acontecimientos de los que os hablo. El mismo día del óbito de tan maléfico ser humano, el tambor de Owen volvió a redoblar con un ritmo alegre y festivo, para después caer en el silencio de la eternidad.

Alejandra Bas 4º ESO

